

# Cuadernos de Investigación Histórica

17  
1999

PUBLICACIÓN DEL SEMINARIO «CISNEROS»  
DE LA FUNDACIÓN UNIVERSITARIA ESPAÑOLA

---

## SUMARIO

ARTÍCULOS	Pág.
NUEVOS SEÑORÍOS, NUEVOS SEÑORES. NAVARRA Y LA VENTA DE JURIS- DICCIONES DURANTE LA EDAD MODERNA, por <i>Jesús M.<sup>a</sup> Usunáriz Garayoa</i> .....	7
NEGOCIOS, FAMILIA Y PROYECCIÓN PÚBLICA. EL EJEMPLO NAVARRO, 1830-1913, por <i>Carmen Erro Gasca</i> .....	37
LA HISTORIA DE LA FAMILIA EN NAVARRA. UNA APROXIMACIÓN CUA- LITATIVA, por <i>Ana Zabala Seguí</i> .....	67
COMERCIO Y ASIENTOS MILITARES. HACIA LA INTEGRACIÓN COMER- CIAL DEL CANTÁBRICO EN EL SIGLO XVIII, por <i>Rafael Torres Sánchez</i> .....	81
LA EXPEDICIÓN DE XAVIER MINA EN EL CONTEXTO INTERAMERICA- NO, por <i>Manuel Ortuño Martínez</i> .....	109
OLIGARQUÍAS GANADERAS Y MESTA EN EL SIGLO XVI, por <i>Fermín Marín</i> .....	133
EL USO DEL CONTRATO ENFITÉUTICO EN LA GESTIÓN DEL DOMINIO TERRITORIAL DE LA PÍA ALMOINA DE BARCELONA (SIGLOS XIII- XVI), por <i>Tomás López Pizcueta</i> .....	155
MÁS SOBRE CONSTANTINO PONCE DE LA FUENTE Y EL <i>PARECER</i> DE LA VATICANA (Ms. OTTOB. LAT. 789), por <i>Ignacio J. García Pinilla</i> .....	191
LA IGLESIA Y LOS PERIÓDICOS CATÓLICOS DURANTE LA RESTAURA- CIÓN CANOVISTA, por <i>Pedro Pascual</i> .....	227
RESEÑAS .....	251

COLABORADORES DE ESTE NÚMERO (orden alfabético)

ERRO GASCA, Carmen  
GARCÍA PINILLA, Ignacio J.  
LÓPEZ PIZCUETA, Tomás  
MARÍN, Fermín  
ORTUÑO MARTÍNEZ, Manuel  
PASCUAL, Pedro  
TORRES SÁNCHEZ, Rafael  
USUNÁRIZ GARAYOA, Jesús M.<sup>a</sup>  
ZABALA SEGUÍN, Ana

SECRETARÍA:

Alcalá, 93. 28009 MADRID. Tel. 914 31 11 93

I.S.S.N.: 0210-6272

Depósito Legal: M-12.038-1980

---

Imprime: Artes Gráficas ENCO, S. L.

## LA HISTORIA DE LA FAMILIA EN NAVARRA. UNA APROXIMACIÓN CUALITATIVA

Por *Ana Zabala Segúin*

En los últimos años, el interés por el estudio de la historia de la familia no ha cesado de aumentar. No se trata de una moda científica más o menos pasajera. Como se ha escrito, «la familia es el punto focal de un considerable número de fuerzas en la sociedad; y por ello una perspectiva ponderada y lúcida de la familia es, en realidad, una manera de acercarse a aquellas fuerzas que la condicionan»<sup>1</sup>. La importancia de la familia deriva, ante todo, del papel clave que desempeña en todo el proceso de reproducción social de la sociedad. «La familia sirve de marco, en la inmensa mayoría de los casos, para la fecundidad de las mujeres. La mortalidad misma, tan aparentemente ajena a las familias, suele tener lugar precisamente dentro de un contexto familiar y los mecanismos sociales que sirven para neutralizarla, tanto desde la perspectiva demográfica como la personal, se plasman ante todo dentro de la misma familia. Es dentro de un contexto familiar donde han ocurrido hasta hace bien poco la mayor parte de la transferencias de propiedad. Las herencias, las dotes, las cesiones de bienes serían incomprensibles fuera de dicha institución. Las economías campesinas han sido desde siempre economías familiares y por tanto la familia sirve de marco fundamental de la producción agraria. Todo ello, y más, apunta hacia la familia como un elemento de singular importancia dentro del sistema social de las sociedades históricas y contemporáneas»<sup>2</sup>.

El interés por la familia dentro de un contexto histórico hunde sus raíces en el campo de las ciencias sociales en Europa. En 1885, Frederic Le Play apuntó ciertos rasgos que parecían característicos de la familia en la Europa pre-industrial<sup>3</sup>. Según Le Play, predominaba la familia troncal, en la que el hijo heredero se casaba y residía en el hogar de sus padres hasta la muerte de éstos. Sus hermanos, sobre todo si la familia era numerosa, tení-

---

<sup>1</sup> REHER, 1988: pág. 4.

<sup>2</sup> REHER, 1988: pág. 1-2.

<sup>3</sup> LE PLAY, 1885.

an dificultades para casarse, y muchos se veían obligados a emigrar. El resultado era una alta proporción de hogares complejos, un nivel elevado de celibato definitivo, una edad al matrimonio tardía y un crecimiento modesto de la población. Este panorama vendría a transformarse con la Revolución industrial, ya que la fuerza de trabajo se convirtió en una fuente de ingresos más importante que la herencia. Consecuencia de ello sería la progresiva desaparición de la familia de estructura compleja. Un eco del pensamiento de Le Play, aplicado al caso concreto de Navarra, lo encontramos en la obra de Hilario de Yaben, *Los contratos matrimoniales en Navarra y su influencia en la estabilidad de la familia*<sup>4</sup>.

Sin embargo, el punto de arranque del interés actual por la familia desde el punto de vista histórico data de fechas más recientes. Ya en la década de los 60, el importante ensayo del demógrafo británico John Hajnal, *European Marriage Patterns in Perspective*<sup>5</sup> abrió un fecundo debate, cuyos ecos no se han apagado<sup>6</sup>. En 1972, Peter Laslett diseñó un sistema de clasificación basado en la explotación sistemática de listas de habitantes<sup>7</sup>. Su interés por el tema era en parte una reacción a las teorías de Le Play, y en parte un intento de asentar el estudio de la historia de la familia sobre bases sistemáticas y cuantificables. Uno de los resultados de su investigación fue el descubrimiento de que en la mayor parte de Europa occidental predominaba la familia nuclear antes de la Revolución industrial, con lo que la familia troncal no tenía la importancia que le había asignado Le Play. Las contribuciones procedentes de la demografía y la antropología han mejorado nuestro conocimiento de la familia europea en el pasado, y algunos de sus principales rasgos. Tampoco puede dejar de reseñarse el pionero trabajo de Philippe Ariès<sup>8</sup>, que abrió un horizonte nuevo a la investigación histórica.

Lo que empezó hace años como un simple estudio de la familia y del hogar, se ha convertido en algo mucho más amplio y ambicioso. «Al tratar cada uno de estos temas de forma autónoma y también en su relación directa con la familia, se termina dibujando a grandes rasgos toda una realidad social, económica y cultural»<sup>9</sup>.

A pesar de las múltiples correcciones y matizaciones que se le han sugerido, la tipología de Laslett ha tenido la virtud de atraer al estudio de la historia de la familia a múltiples estudiosos de las ciencias sociales, no sólo historiadores. Seguidores y detractores produjeron un número ingente de trabajos, pero, lamentablemente, estos debates llegaron sólo tardía y tímidamente a España. Sin embargo, en los últimos años este panorama ha cambiado sensiblemente, como se puso de manifiesto en el Congreso Internacional de Historia de la Familia, celebrado en la Universidad de Murcia a finales de 1994, cuyas actas ocupan cinco densos volúmenes<sup>10</sup>. Por otra parte, hasta fechas muy recientes no se contaba con ningún intento de síntesis para todo el país, de manera que las publicaciones sobre historia de la familia en España se centraban con desigual interés en unas regiones, singularmente del Norte peninsular, dejando vacíos en otras. Sin duda, parte de este relativo olvido se debía a la complejidad inherente a este tipo de estudio, que exige integrar diferentes saberes de manera equilibrada: «sería [...] imposible comprender adecuadamente a las familias sin una comprensión de sus economías domésticas, su demografía, sus migra-

<sup>4</sup> YABEN, 1916.

<sup>5</sup> HAJNAL, 1965.

<sup>6</sup> ROWLAND, 1988: pág. 72-89.

<sup>7</sup> LASLETT, 1972.

<sup>8</sup> PH. ARIÈS, 1960.

<sup>9</sup> REHER, 1988: pág. 4.

<sup>10</sup> Actas del Congreso Internacional «Historia de la familia. Nuevas perspectivas sobre la sociedad europea», Universidad de Murcia, 1997.

ciones, los procesos de formación y disolución de sus hogares, sus testamentos y dotes, la estructura de su coresidencia, sus relaciones de parentesco y un largo etcétera»<sup>11</sup>. Por último, no es posible acercarse al estudio histórico de la familia sin tener en cuenta la historia de las mentalidades, ya que muchos de los comportamientos no obedecen a imposiciones jurídicas, ni a simples reajustes de equilibrio entre la población y los recursos, sino a motivaciones íntimas, individuales o colectivas, pertenecientes al ámbito de la cultura.

Desde nuestro punto de vista, el papel específico del historiador en este campo de conocimiento sería el estudio de la familia a lo largo del tiempo, tanto como sujeto activo como pasivo de los cambios sociales. Para ello, un primer paso es el conocimiento de la población en el pasado, pero consideramos que la demografía histórica no agota el conocimiento de la realidad familiar. Más bien, proporciona el punto de partida indispensable, pero es evidente que no puede reducirse a un conocimiento del tamaño o de la estructura de los hogares y de las razones a que éstos obedecían.

En cualquier estudio empírico sobre la realidad familiar en el pasado, tanto si se trata de una región de heredero único como si se sigue la división de la herencia entre los hermanos, queda de manifiesto que subyace una lógica interna al sistema, que es la que hace viable el sostenimiento de la población durante generaciones. El modo de explotación de los recursos naturales, la legislación y la costumbre, la edad a la que se contrae matrimonio y el porcentaje de población que no se casa... forman un conjunto equilibrado, con continuos ajustes, del que se extrae en general la idea de una gran continuidad, que para gran parte de la Península Ibérica no se rompe hasta entrado el siglo XX. En cada sociedad subyace un concepto del lugar que ocupan los hijos en el hogar; qué papeles son femeninos y cuáles masculinos; cómo se debe tratar a los mayores cuando ya no son económicamente productivos; quiénes y cómo tienen acceso a los recursos naturales; qué puede esperar un hijo de sus padres después de haber trabajado en casa para ellos... Es a esta lógica a la que tratamos de acercarnos en nuestra aproximación empírica. Naturalmente, al intentar responder a estas preguntas deberemos recurrir a las disciplinas a las que antes hemos aludido, que nos responderán sólo a una parte de las cuestiones. Sin duda, la organización de la familia hunde sus raíces muy profundamente.

## 1. MARCO ESPACIO-TEMPORAL Y FUENTES

Con estas preocupaciones nos adentramos en nuestro trabajo empírico. Nuestra intención era estudiar el cambio social desde la perspectiva de la familia. Nos apoyábamos para ello en la lectura de trabajos como los de Tamara K. Hareven<sup>12</sup>, que presenta a la familia como agente activo, dinámico de los fenómenos de cambio social, no sólo sujeto pasivo.

El campo que elegimos para nuestro estudio empírico fue una parte de la Navarra pirenaica, donde la pauta cultural mayoritaria es la elección de un único heredero para todo el patrimonio. Como se sabe<sup>13</sup>, en Navarra se distinguen tres grandes áreas, de medio físico y humano bien diferenciado: Montaña, Zona Media y Ribera del Ebro. En la primera se practica mayoritariamente el sistema de heredero único, tanto en la vertiente cantábrica como en la pirenaica. En la Zona Media sucede algo parecido, aunque con excepciones. Finalmente, la Ribera del Ebro es dominio de la división igualitaria entre hermanos, sin

<sup>11</sup> REHER, 1988: pág. 3.

<sup>12</sup> HAREVEN, 1977 y 1987.

<sup>13</sup> YABEN, 1916.

que aparezca figura comparable a la de la «casa». Estas pautas se mantienen estables en la Edad Moderna.

Nuestra tarea se ha visto ayudada por el hecho de que en los quince últimos años, una serie de trabajos han arrojado luz sobre la población y la economía modernas en Navarra<sup>14</sup>, campo hasta fechas recientes inexplorado. La heterogeneidad del medio físico y humano de esta región hacen difícil la síntesis; no obstante, el reciente trabajo de Mikelarena aborda desde una perspectiva regional la evolución de la población navarra, con referencia expresa a la estructura del hogar, aplicando la tipología de Laslett.

La zona objeto de nuestro estudio es la Montaña pirenaica, que se inscribe en el área donde se sigue mayoritariamente el sistema de primogenitura. La villa de Aoiz se sitúa en el punto de encuentro entre los grandes valles pirenaicos y el valle del Ebro: se trata, por su morfología y funciones, de una clásica villa-mercado. En ella trabajaban simultáneamente dos escribanos reales: uno de ellos atendía los asuntos de la villa y su Regimiento, mientras el otro escribura los protocolos de los pequeños «lugares» o aldeas circundantes. De esta forma, obtuvimos una muestra representativa de lo que sucedía en una típica villa-mercado pre-pirenaica, con una cierta diversificación social y en la que se encuentran presentes nobles y funcionarios reales, con contactos en el exterior, al mismo tiempo que en los lugares vemos representados los hogares de labradores.

Allí, como en otras áreas pirenaicas, el verdadero sujeto social es la casa, hasta el punto de que ha podido afirmarse que el individuo pertenece a la casa, más que la casa al individuo. También aquí se observa un número fijo de nichos ecológicos (las casas con derecho de vecindad), que no puede aumentar, y de hecho no aumenta más que de manera excepcional con el paso del tiempo. El mecanismo por el que un hogar es miembro de pleno derecho de la comunidad vecinal, y por tanto tiene acceso a los bienes comunales, indispensables para el sostenimiento del hogar, es el derecho de vecindad<sup>15</sup>. Durante buena parte de la Edad Moderna —faltan datos de la primera mitad del XVI—, este mecanismo funcionó de manera eficaz gracias a la institución de heredero único.

Queremos insistir aquí en que todos los rasgos que se vayan describiendo responden a una lógica, que podríamos resumir como la continua búsqueda de equilibrio entre la población y los recursos, en una región que presenta poco dinamismo económico y encuentra, sobre todo en sus rebordes montañosos, dificultades serias para las actividades primarias. Tampoco sostenemos un determinismo simplista: la pregunta de fondo es por qué esta región adoptó esta estrategia, mientras que la Ribera del Ebro, en el mismo reino de Navarra, sigue la división igualitaria entre hermanos. A nuestro juicio, la respuesta última reside más en factores culturales que económicos.

Nuestra metodología consistió en el vaciado sistemático de todos los contratos matrimoniales existentes en la notaría de Aoiz, representativa y bien conservada. Pensamos que, de cara a la explotación de esa información, era preferible un microanálisis que condujera a la reconstrucción del tejido social de una población y su entorno, en un periodo relativamente dilatado. La fecha inicial vino marcada por el comienzo de la documentación —hacia 1530, aunque hasta 1600 aproximadamente no comienza a ser abundante—; el punto final se fijó en 1725. En total, la muestra se compone de 700 contratos matrimoniales.

La información contenida en cada una de estas piezas documentales es extraordinariamente rica. Al desglosar cada una en unidades de información, de cara al tratamiento

<sup>14</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, 1982; GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, 1985; ARIZCUN CELA, 1989; MIKELARENA PEÑA, 1995; AZCONA GUERRA, 1996.

<sup>15</sup> ZABALZA SEGUÍN, 1994, 2.ª parte.

informático, extrajimos más de un centenar de datos diferentes, sin contar a las personas que intervenían. En cuanto a éstas, además de los dos contrayentes y sus respectivos padres —vivos o no—, el contrato menciona a todos los hermanos o hermanas del cónyuge heredero que aún permanecen en la casa, así como al hermano o hermana que dota al cónyuge no heredero. Junto a ellos, aparecen los testigos, frecuentemente numerosos y vinculados por parentesco con una de las partes, así como parientes que donan algún bien a los novios con motivo de la boda. Es decir, cada capítulo nos proporciona información sobre al menos seis personas, pero casi siempre sobre un número superior a diez, consignando, cuando existe, la relación de parentesco o vecindad. Multiplicado por 700, para una pequeña villa y durante espacio de casi dos siglos, obtenemos una base de datos de unos 5.000 individuos, excepcional para el conocimiento de una sociedad de Antiguo Régimen, durante un periodo, como veremos, de importantes cambios sociales.

Las virtualidades de esta información son múltiples. Dado que, en Navarra como en otras regiones pirenaicas, el verdadero sujeto social es la casa, que tiene su propio nombre, es posible reconstruir su trayectoria durante generaciones. Asimismo, se pueden distinguir las estrategias seguidas por los hogares para su reproducción ante distintas coyunturas. Por otra parte, de lo dicho hasta ahora se deduce que una persona puede aparecer varias veces. Esto añade interés al «fichero personal», pues permite construir pequeñas biografías de distintas etapas del ciclo vital: una misma persona puede aparecer como hermano pequeño desheredado; más tarde, casándose, y por último colocando en distintas posiciones a cada uno de sus hijos; y siempre, administrando un patrimonio del que, en cualquier caso, es sólo depositario. Y esto para nobles y labradores; hombres y mujeres; instruidos y analfabetos; ricos y pobres.

## 2. LA TIPOLOGÍA DE LOS CONTRATOS MATRIMONIALES Y SU SIGNIFICADO

Antes de pasar a detallar la metodología seguida, será preciso hacer algunas consideraciones acerca del papel que desempeña este instrumento en la transmisión patrimonial. En una organización social como la que nos ocupa caben únicamente cuatro tipos de contrato matrimonial:

- 1) Varón heredero con mujer heredera
- 2) Varón heredero con mujer no heredera
- 3) Varón no heredero con mujer heredera
- 4) Varón no heredero con mujer no heredera

Esta tipología ya fue establecida por Faus i Condomines a principios de este siglo para la Cataluña del Segre<sup>16</sup>; nosotros hemos podido comprobar que se ajusta exactamente a lo que sucede en nuestra comarca. Como es obvio, los tipos preferidos serán aquéllos en los que uno de los cónyuges sea heredero y el otro no, pues de esta manera se garantiza la continuidad del mismo número de «vecindades», ideal al que aspira el sistema. Estos tipos de contrato son el de varón heredero con mujer no heredera, y el de mujer heredera con varón no heredero. Ambos responden a idéntica lógica; el interés de la distinción deriva de la preferencia por uno u otro sexo como continuador de la hacienda. Como era de esperar, la gran mayoría e los contratos recogidos responden a uno de estos dos tipos.

<sup>16</sup> FAUS Y CONDOMINES, 1964. La versión original de esta obra se publicó en catalán en 1907; nosotros hemos podido manejar sólo la traducción castellana, mucho más reciente.

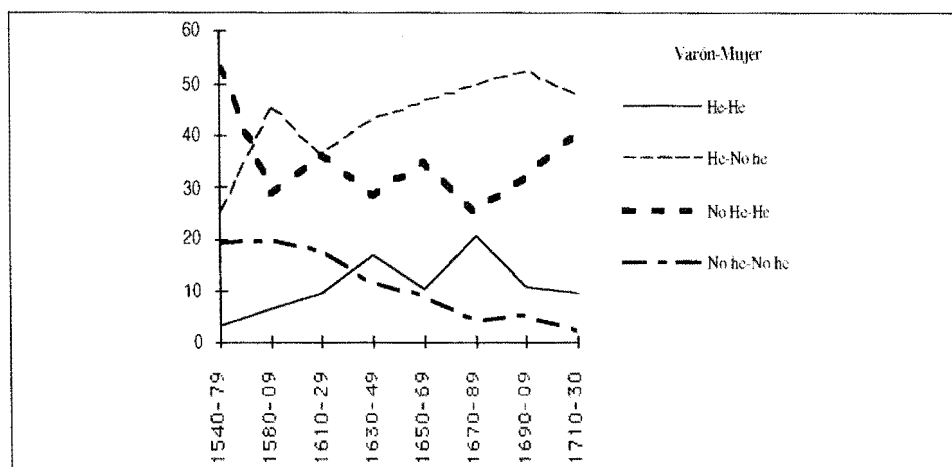
Por el contrario, el matrimonio de dos herederos o de dos desheredados rompe la lógica implícita. El primero corresponde a una estrategia de concentración de «casas», propia de los grandes linajes o de momentos de crisis. Prueba de esto último es que no pocas veces se trata de uniones temporales, y, superada la coyuntura crítica, en la siguiente generación vuelven a desgajarse en dos patrimonios separados.

En la antítesis de este tipo de práctica se encuentra la que une en matrimonio a dos personas que no han recibido patrimonio alguno. Su interés radica en que supone la creación de un nuevo nicho, al margen del número cerrado de casas vecinales. En un alto porcentaje de casos, los únicos bienes aportados por los novios eran los ahorros conseguidos con su trabajo, así como, en el caso del varón, las herramientas de algún oficio artesano. Son los únicos hogares que siguen una pauta de residencia neolocal.

A nuestro juicio, el interés de este tipo de contrato, que nunca superó el 20% del total, reside en que refleja la capacidad de los segundones para instalarse por su cuenta gracias al trabajo, es decir, sin depender de la tierra y sin derecho de vecindad.

El gráfico n.º 1 recoge la evolución de los cuatro tipos en el conjunto de la zona estudiada.

*Tipo de Sucesión. Evolución de 1540-1730 (porcentajes)*



La trayectoria más significativa es la del último tipo, que corresponde a dos cónyuges no herederos. A comienzos del periodo y hasta 1610-1629 constituyen cerca del 20% de los contratos: un porcentaje nada despreciable, propio de un momento de expansión. A partir de 1630, su importancia desciende progresivamente, hasta situarse en torno al 5% al final del periodo observado. El proceso que describe el gráfico es, en cierto modo, la historia de un fracaso: cada vez hay menos lugar para quien no está vinculado a la tierra.

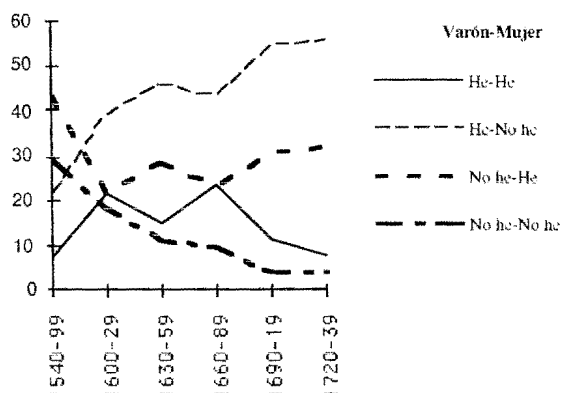
Los dos tipos que podemos calificar como «normales», acordes con la lógica del sistema, son, sin duda, los más numerosos. Pero es interesante comprobar la evolución del papel que se adjudica a cada uno de los sexos. Al inicio del periodo (gráfico n.º 1) se prefiere a la mujer como heredera, mientras que al final del periodo esta tendencia se ha invertido.

La trayectoria errática del último tipo, el que une en matrimonio a dos herederos, parece confirmar que efectivamente se trata de una práctica de momentos de crisis, sin que responda a una intencionalidad clara.

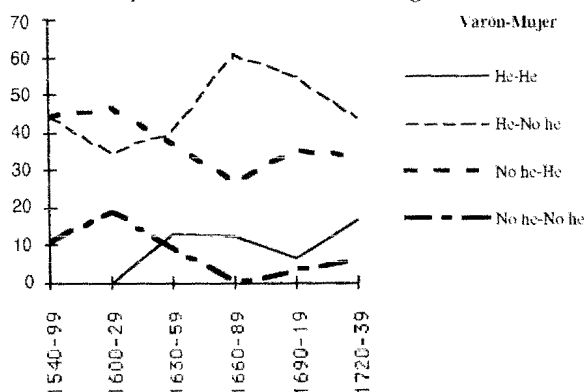


Esta evolución presenta matices interesantes si desagregamos los datos por su origen geográfico: mundo urbano (la villa de Aoiz); aldeas agrícolas, las de su inmediato contorno; y ganaderas, las más montañosas y apartadas (gráficos 2, 3 y 4). Las principales diferencias se refieren a los nuevos asentamientos y al sexo del heredero.

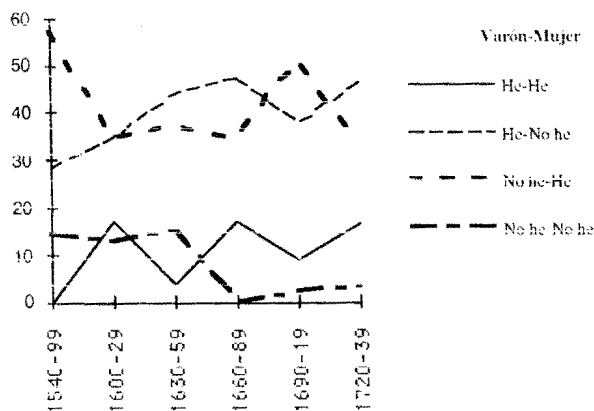
*Tipos de sucesiones. Zona urbana (porcentajes)*



*Tipos de sucesiones. Zona agraria*



*Tipos de sucesiones. Zona ganadera*



Los nuevos asentamientos son más frecuentes en el mundo urbano (gráfico nº 2); menos, en el agrario, y tienen escasa significación en las áreas marginales, reflejo de la imposibilidad de mantenerse sin acceso a la propiedad de la tierra fuera del ámbito urbano. El impulso al crecimiento procede de la ciudad —más dinámica desde el punto de vista económico y social—, y a partir de ella parece expandirse en círculos concéntricos de intensidad decreciente. Concretamente, al principio del periodo llegó a ser el 30% de los contratos otorgados en Aoiz. Sin embargo, desde finales del XVI el número de nuevos asentamientos decrece sensible y paulatinamente. Este proceso, que a la larga resultó irreversible, viene confirmado por lo que sabemos sobre la «desurbanización» de la comarca y su pérdida de importancia en el conjunto de Navarra.

Por otra parte, comprobamos que en el medio rural las posibilidades de instalación al margen del derecho de vecindad fueron siempre menores, y más cuanto más nos apartamos de la ciudad.

En cuanto al sexo del heredero, cada vez más lo «normal» será el matrimonio de un varón heredero de patrimonio con una mujer dotada. También aquí son significativas las diferencias por zonas: cuanto más nos alejamos del núcleo urbano, más intensa y prolongada es la tendencia a preferir como heredera a una hija. La creciente preeminencia del ámbito masculino parece proceder de la ciudad, donde nobles y funcionarios reales implantan nuevos modelos de conducta.

Antes de seguir, es preciso contextualizar los cambios a que nos referimos en la coyuntura histórica que atravesaba Navarra. La conquista militar por Fernando el Católico en 1512 desembocó en la incorporación a la corona castellana, en 1515. Castilla, recién descubierta América, se disponía a vivir los años de su esplendor, en lo político y lo cultural. Por contraste, Navarra era invadida y sus reyes huían a Francia cuando aún no se habían apagado los ecos de su guerra civil. Las características de la unión de ambos reinos siguen siendo objeto de polémica. Sin embargo, queremos evitar una visión simplista, en meros términos de superioridad o e inferioridad. Navarra también había vivido un cierto esplendor bajomedieval, lamentablemente agostado, y en el XVI conoce un claro aumento de su población. Pero esto no nos oculta síntomas evidentes de decadencia, como la desarticulación de una red urbana que había conocido momentos de dinamismo en la Edad Media, así como un decaimiento de la actividad económica y de sus vías de comunicación, fruto de su posición periférica.

Uno de los efectos beneficiosos de la incorporación a Castilla fue precisamente la posibilidad de hacer una carrera en Indias. Sabemos que fue usada con provecho por los navarros del XVII y XVIII<sup>17</sup>, pero, ¿qué sucedió en el XVI? Tenemos noticias de trayectorias aisladas, pero desconocemos la intensidad del flujo emigratorio durante esa centuria y el perfil del emigrante. No sabemos hasta qué punto es representativa la figura de un Pedro de Ursúa, nacido en 1525, segundón de una familia baztanesa de cinco hermanos, que, al ser desheredado, zarpa para América en los primeros meses de 1543, «provisto de una real cédula, despachada en Valladolid, en la que el Emperador le recomendaba encarecidamente al virrey del Perú, “por ser hijo del Señor de Ursúa, que es en Navarra, pues nos ha servido de mucho”»<sup>18</sup>. En otras palabras, nos planteamos hasta qué punto América constituyó una válvula de escape para las tensiones latentes en una nobleza encerrada entre fronteras demasiado estrechas. Los mismos protocolos notariales nos ofrecen alguna muestra del prestigio de lo castellano, o quizá un eco del éxito en la carrera exterior, cuando encontramos familias que traducen o adaptan su apellido navarro, de rudo sonido, al castellano.

<sup>17</sup> CARO BAROJA, 1969.

<sup>18</sup> CABASÉS HITA, 1992: pág. 14-15.

### 3. EL APELLIDO COMO IDENTIFICADOR DE LA UNIDAD DOMÉSTICA

Volviendo a nuestro trabajo, ¿cómo utilizar la información de la que disponíamos para conocer las relaciones internas de la unidad doméstica? Ante todo, es preciso recordar que aquí la tierra juega un papel fundamental en la definición tanto del grupo como del individuo. Del grupo, en el sentido de que la «casa» es inseparable de su patrimonio inalienable en bienes raíces. Del individuo, ya que el papel de cada uno en la casa se define por su relación a los bienes que heredará sólo uno de ellos. Trataremos de seguir los procesos de cambio social tomando como eje el modo de nombrar, en cuanto indicador de la identidad del grupo doméstico (el apellido) o de la del sujeto (el nombre propio).

La pertenencia a una determinada unidad familiar se refleja en el apellido. Su aparente anarquía debía de obedecer a alguna razón. A grandes rasgos, suele tratarse de un topónimo. Sobre todo en las fechas más remotas, la designación de la identidad por el espacio es personal y efímera, de manera que si un individuo abandona su hogar natal para casarse en otro, es posible que acabe cambiando también de apellido. La complejidad se deriva de que ninguno de estos cambios obedece a reglas, de manera que es difícil seguir trayectorias de individuos concretos o, más todavía, de linajes o grupos de hermanos. A partir del siglo XVII, el sistema de transmisión de los apellidos tiende a regularizarse: cada vez es más frecuente que los hijos tomen el apellido del padre —en su origen, un topónimo, pero ahora «vaciado» de contenido—, en lugar del de la madre, el nombre de la casa o el de algún lugar de residencia.

Es interesante notar que no todos los nombres de lugar se usaron como apellidos: y esto nos puede dar alguna pista sobre su origen. Estos topónimos son, en la inmensa mayoría de los casos, nombres de lugar o aldea; menos veces, nombres de casa; y nunca, nombres de valle. Esto nos remite al tipo de poblamiento de nuestra comarca.

Aoiz y su entorno forman parte de lo que se ha llamado «Navarra de las aldeas». La componen una serie de unidades llamadas «valles», integradas por un número variable de «lugares». Durante la Edad Media los valles fueron entidades vigorosas, gobernadas por una «Junta» que administraba sus bienes comunales y resolvía los conflictos provocados en su interior o con el exterior. Pero, ya en el siglo XVI y más todavía en el XVII, la decadencia de las Juntas de valle es evidente en buena parte de la Montaña navarra: en realidad, sólo conservan su papel allí donde existían bienes comunales propiedad de todo el valle: no simplemente los fragmentos de «saltus» pertenecientes a cada término. De esta forma, en la Edad Moderna las Juntas eran ya sólo operativas en los grandes valles pirenaicos, y no en los pre-pirenaicos que han sido objeto de nuestro estudio. En sus orígenes, es muy probable que cada valle fuera asentamiento de un grupo de parentesco amplio<sup>19</sup>, disperso en lugares. En apoyo de esta hipótesis está el hecho de que los vecinos de un mismo lugar se consideraban parientes, obligados a la ayuda mutua<sup>20</sup>; así como la práctica de asistir a todos los funerales que se celebrasen en el valle, especialmente por parte de los sacerdotes, quienes llamaban a este tipo de actos simplemente «obligaciones», y la costumbre, por parte de la familia del difunto, de dar de comer a los clérigos que se hubiesen desplazado con este fin. Estas tradiciones pervivieron mucho tiempo después de haber desaparecido las Juntas de valle: con frecuencia, hasta entrado el siglo XX. En estas condiciones, la tierra que señalaba la identidad del hogar no era el valle, el grupo de parentesco amplio, sino el lugar, donde se poseen las tierras. En efecto, tras el análisis de una

<sup>19</sup> GARCÍA DE CORTÁZAR, 1988, pág. 14-15.

<sup>20</sup> VIOLANT Y SIMORRA, 1949: págs. 284-286.

serie de varios miles de sujetos, no hemos encontrado ningún caso en que se use como apellido el nombre del valle, frente a varios miles que usan un nombre de lugar o, más modernamente, el nombre de la casa, que no es sino una especificación mayor de la tierra que da la identidad: no el pueblo en general, sino una de las unidades que lo integran.

En definitiva, en el segmento temporal analizado se observa una progresiva fragmentación del espacio que sirve como referencia a la identidad: del lugar —por ejemplo, Itoiz— se pasa al solar, que refleja la posición física de la casa dentro de la población —por ejemplo, Irigoyen o Elizalde—, y de aquí a la denominación personal, tomando el nombre del dueño de la casa —Martinena—. Ello va unido a un proceso de pérdida de conciencia de un origen común, aunque, como mencionamos, ésta pervive en ciertas manifestaciones.

¿Qué sucede con la nobleza? La «Navarra de las aldeas» no es región de grandes nobles, salvo excepciones. Más bien está sembrada de pequeños, a veces minúsculos, señoríos, algunos de cuyos dueños van acumulando propiedades por matrimonio, e instalándose en las villas y ciudades. En Aoiz se puede seguir este proceso. Como era de esperar, ya desde los inicios de nuestro segmento temporal se observa en la nobleza un comportamiento distinto: el apellido está ya fijado —aunque no faltan vacilaciones—, aunque es fácil descubrir la referencia al solar en ellos, como sucede, por ejemplo, con la familia «Ayanz y Ureta», dueños de estos pequeños señoríos —más bien «cotos redondos»— pero ya instalados en Aoiz o Lumbier. Los nobles se distinguen también por otro tipo de comportamientos: para ellos, orgullosos de su linaje, el apellido constituye un valor y tratan de transmitirlo, frente a la despreocupación de los labradores. Relacionado con esto se encuentra la práctica de la primogenitura masculina, en vivo contraste con las prácticas campesinas. De estas observaciones se desprende que la nobleza ha podido ir en vanguardia del proceso de fijación de los apellidos.

Sin embargo, creemos que los fenómenos de cambio social son demasiado complejos como para responder a una única causa. Esta preferencia por la primogenitura del varón, transmisor del apellido, de impronta aristocrática, obedece en realidad a un fenómeno más amplio y complejo de «masculinización». En efecto, distintos autores han señalado que los siglos modernos pudieron constituir una etapa de retroceso en el papel social de la mujer. Por nuestra parte, ya hemos aludido a algunos indicios de esto mismo en los resultados de nuestro trabajo empírico. En las fechas más remotas, y allí donde llegan atenuadas las nuevas ideas, el varón ejerce la representación de la casa en el exterior y trabaja las tierras de cereal y las viñas, alejadas del lugar, desde donde debe acudir a diario con la yunta de bueyes, enormemente lenta. Por tanto, durante los meses del año agrícola, permanece ausente del hogar gran parte del día. Por el contrario, la mujer campesina domina el ámbito doméstico, en el que está generalmente presente. Lo que nos interesa resaltar aquí es que por ámbito doméstico se entiende un concepto mucho más extenso y complejo que el contemporáneo. La casa es taller y tienda, escuela de aprendizaje y de socialización, granero, cuadra, hospital, asilo. En ella, la mujer ha participado activamente en la toma de decisiones concernientes al patrimonio; ninguna operación que afecte a éste puede realizarse sin su consentimiento. Dado que lo que se busca es la estabilidad, nada tiene de extraño que, a la hora de nombrar heredero, se elija a una mujer<sup>21</sup>. Sin duda, en la reducción del papel social de la mujer confluyeron una serie de fuerzas, como el mismo desarrollo del Estado, que limitaba progresivamente lo que habían sido competencias tradicionales del grupo doméstico en su vertiente «interna», así como la cristalización del sistema de «vecindades», que acentuaba la vertiente política y externa de la casa, competencia del varón.

<sup>21</sup> MORENO ALMÁRCEGUI y ZABALZA SEGUÍN, 1996: págs. 49-56.

#### 4. ONOMÁSTICA Y DEFINICIÓN DE LA IDENTIDAD INDIVIDUAL

Las consideraciones anteriores han venido sugeridas por la evolución del apellido como indicador de la identidad individual. Centraremos ahora nuestra atención en la onomástica, que cumple una misión distinta como indicador de la identidad del sujeto. Nuestra hipótesis era que, si el apellido designaba por relación al solar, a todos los miembros de la unidad doméstica, aunque fuera de manera transitoria, el nombre servía para distinguir a un individuo dentro del hogar. Pocas veces es usado fuera del ámbito estrictamente privado y doméstico, práctica que ha llegado hasta nuestro siglo. En el ámbito exterior, las personas son denominadas por su situación (amo viejo, ama joven, el hijo que se queda «para casa», etc.), a la que se añade el apellido o el nombre de la casa.

Sin embargo, el estudio de los contratos matrimoniales nos permite afirmar que en el interior de la casa y para sus propios miembros, la onomástica no cumplía esta misión diferenciadora que cabría suponer, al menos durante los siglos XVI y XVII. De hecho, en el interior del hogar, cada hijo e hija no recibía un nombre de pila distinto del de sus hermanos, de forma que los casos de homonimia eran muy frecuentes. Junto a ello, el número de nombres de pila en uso era muy reducido, y las mujeres llevaban con cierta frecuencia un nombre masculino precedido de «Mari» o «María». Cuando el notario acudía a formalizar un contrato matrimonial, debía traducir la declaración no sólo «de la lengua vulgar, que es la vascongada», sino también unas categorías populares al lenguaje técnico del protocolo notarial. Así, es posible encontrar la declaración de un vecino, cuyos hijos se llamarían «Martín mayor», «Martín menor» y «Martín mínimo»: unos términos cultos que difícilmente manejarían los labradores pirenaicos. Más bien lo que parece subyacer a esta diferenciación es que en el hogar se usaba otro tipo de categorías para llamar a los hijos, seguramente alejadas del uso del nombre impuesto en el bautismo: quizá un apelativo relacionado con el rango de nacimiento, como sucede en otras culturas<sup>22</sup>, o con la misión para la que se le ha designado.

Varios datos nos permitirán acercarnos a una respuesta:

— Según la costumbre de la región, cualquiera de los hijos o hijas puede ser elegido heredero, sin que lo determine el sexo o el rango de nacimiento. Recibirá la casa aquél que se demuestre mejor dotado para velar por el «aumento y mejora» de la explotación familiar en el momento que se considere adecuado para el traspaso de poderes. El destino de los hermanos es separarse: poco importa que sus nombres coincidan.

— Hay además otra razón: el precioso nombre del abuelo o la abuela, que suele repetirse en la generación de los nietos, no se puede dar sólo a uno de los niños, que puede morir prematuramente, ser incapaz o irresponsable. Hay que «rehacer» al antepasado más de una vez, para asegurarse de que su puesto seguirá ocupado: la «casa» es la comunidad de vivos y difuntos.

«Rehacer» es, en efecto, el término empleado por la historiografía para designar este fenómeno. Klapisch-Zuber, en su estudio sobre la casa y el nombre en la Florencia del Quattrocento, se refiere a los antepasados como miembros de la casa, al igual que lo que sucede en nuestra región. Los espíritus de los antepasados continúan vagando sobre la casa, a un tiempo protectores y amenazantes. Un modo de neutralizar su posible influjo maléfico sería reencarnando su identidad en uno de los nuevos miembros del hogar, dándole su nombre. Es difícil saber hasta qué punto esto sería cierto o consciente en el caso de nuestros vecinos. Lo que sí puede afirmarse es que nos encontramos ante una sociedad en algu-

<sup>22</sup> MASSARD, 1994: págs. 39-40.

nos sentidos aún pre-cristiana, y ésta podría ser una de las manifestaciones del escaso eco de la catequesis de la Iglesia. Quizá ésta, una vez más, actuaría manteniendo esta costumbre, pero dotándola de un nuevo significado: al recién nacido se le da el nombre de un santo, proponiéndole así un modelo de vida cristiana, o encomendándole a su intercesión durante el curso de su vida.

En algunos casos, el nombre podía reflejar la misión a la que está destinada una persona. En algunas casas parece existir un nombre genérico de heredero, que puede acabar dando nombre a la propia casa, como última etapa del proceso de fragmentación del espacio como identidad. Por ejemplo, a lo largo del XVII, en nuestra área de estudio, encontramos una casa en la que los herederos llevan sistemáticamente el infrecuente nombre de «Lucas». Ya en 1700, la casa aparece en un documento con el nombre de «Lucasena», es decir, la casa de Lucas.

En algunas casas, encontramos simplemente un nombre genérico de varón y otro de mujer, que se repite en todos los miembros de la fratria.

A principios del periodo estudiado, en la villa de Aoiz, donde existía cierto número de artesanos, es posible seguir la existencia de pequeñas dinastías que daban a sus hijos el nombre del santo patrono del gremio. La progresiva desaparición de algunos de estos nombres puede interpretarse como un indicio de la languideciente actividad económica de la villa.

La relación paternidad-filiación era entendida como oposición. Por ello, padre e hijo (o madre e hija) no suelen llevar el mismo nombre, aunque por lo reducido de la onomástica en uso esto no siempre se cumple. Con mayor frecuencia, los nietos y nietas se llaman como su abuelo o abuela, en una nueva manifestación de la concepción vertical de las relaciones en el interior de la casa. Con frecuencia, el nombre se hereda de los tíos, que suelen ser padrinos de bautismo. La onomástica forma parte del patrimonio de la casa<sup>23</sup>.

Un caso especial dentro de esta relación entre nombre y misión es el de los tíos sacerdotes. Hemos encontrado buen número de ejemplos de sobrinos que reciben el apelativo de su tío cura, y, pasados los años, reciben la ordenación sacerdotal, sucediendo a su tío en la misma parroquia. De esta forma, podemos encontrar casos de homonimia perfecta, hasta el punto de que puede ser difícil saber si se trata de una sola persona o de más de una.

Entre los nobles es más patente que los nombres forman parte de un patrimonio inmaterial, de que nada debe desperdiciarse. Aunque es muy frecuente que la onomástica noble no se distinga de la del pueblo llano —aunque precedida del «don» o «doña»—, también es cierto que los linajes principales suelen tener algunos antropónimos casi en exclusiva, transmitidos de abuelos a nietos, y que muy raramente se encuentran entre personas no unidas por lazos de parentesco. Es más, la onomástica nos ha servido para la reconstrucción de genealogías de linajes, cuando los demás puntos de referencia fallaban.

A medida que avanzamos en el tiempo, el santoral en uso se amplía; los nombres se hacen barrocos y compuestos. La homonimia perfecta entre hermanos, a finales del XVII, es menos frecuente. Esto se debe, más que a la introducción de nuevos antropónimos —aunque también se dio—, al uso cada vez más frecuente de nombres compuestos, tanto femeninos como especialmente masculinos. De esta manera, al combinarse de distintas maneras, la variedad aumentaba, y la posibilidad de homonimia completa —entre hermanos, primos, padres, abuelos o simples vecinos— disminuía. Todo esto podría ser indicio, más que de una moda, de un cambio en la concepción del individuo y de su papel en el hogar y, como consecuencia, en la sociedad. Sin embargo, es preciso adentrarse con cau-

---

<sup>23</sup> KLAUS ZUBER, 1990: cap. IV.

tela en la interpretación de este dato: ya hemos visto la distancia que puede separar la costumbre popular del protocolo notarial. Pese a todo, parece innegable que se ha producido un cambio en los comportamientos.

En definitiva, sería preciso analizar qué nombres son «antiguos» y cuáles «modernos»; en qué grupos empiezan a adoptarse nuevas costumbres y qué modelos se siguen: cuáles son los referentes culturales, en una palabra. No podría soslayarse el estudio de la catequesis post-tridentina, hasta llegar a sus ramificaciones de carácter más local: qué nuevos santos se proponen como modelo de vida cristiana; tratar de averiguar de quién parte la iniciativa de dar nombre a un recién nacido, y cuándo y por qué comienza a considerarse conveniente distinguir a un niño de sus hermanos, o dar a las niñas nombres específicamente femeninos.

A partir de estas dos variables y su evolución hemos tratado de acercarnos al problema de la definición de la identidad en el Antiguo Régimen. La conclusión que extraemos es la de una progresiva mayor importancia del individuo, pese a que su inserción en la comunidad sigue pasando a través de una institución intermedia, la casa. Podemos ver un eco del pensamiento de Ariès, en el sentido de que el niño, cada niño, parece cobrar un papel mayor en el interior del hogar, a pesar de lo frágil de su existencia. No obstante, el sujeto social de este mundo donde prima la familia troncal continúa siendo la casa, a cuyo «aumento y mejora» se condicionan las trayectorias individuales.

Finalmente, comprobamos una vez más el papel de la familia como agente a un tiempo activo y pasivo de cambio social; como protagonista de la historia, en definitiva.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARIÈS, Ph., *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, París, Plon, 1960.
- ARIZCUN CELA, A., *Economía y sociedad en un valle pirenaico de Antiguo Régimen*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1988.
- AZCONA GUERRA, A.M., *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996.
- CABASÉS HITA, L., «Nueva Pamplona. El legado de Pedro de Ursúa», en ARANAZ ZUZA, I., *Navarros en América. Cinco crónicas*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992.
- CARO BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII*, Pamplona, Príncipe de Viana, 1969.
- FAUS Y CONDOMINES, J., «Los capítulos matrimoniales en la comarca de Guissona (Cataluña segriana)», *Centenario de la ley del notariado*, VII, Junta de Decanos de Colegios Notariales de España, Barcelona, 1964, págs. 13-111.
- FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., *La Merindad de Estella en la Edad Moderna: los hombres y la tierra*, Pamplona, Príncipe de Viana, 1982.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, J.Á., *La sociedad rural en la España medieval*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- GARCÍA-SANZ MARCOTEGUI, Á., *Demografía y sociedad de la Barranca de Navarra (1760-1860)*, Pamplona, Príncipe de Viana, 1985.
- HAJNAL, J., «European marriage patterns in perspective», en GLASS, D.V. y EVERSLEY, D.E.C., *Population in History. Essays in historical demography*, Londres, 1965, págs. 101-146.
- HAREVEN, T.K., «Family History at the crossroads», *Journal of Family History*, 1987, vol. 12, n.º 1-2, págs. ix-xxiii.
- HAREVEN, T.K., «Family Time and Historical Time», *Daedalus*, 1977, vol. 106, págs. 57-70.

- KLAPISCH-ZUBER, Ch., *La maison et le nom. Stratégies et rituels dans l'Italie de la Renaissance*, París, EHESS, 1990.
- LASLETT, P., «Introduction», en LASLETT, P. y WALL, R., *Household and Family in Past Time*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, pág. 1-90.
- LE PLAY, M.F., *La reforme sociale en France*, Livre 3º, Tours, A Mame, 1887.
- MASSARD, J., «Ordre de naissance et mobilité de personnes en Malaisie», en RAVISGIORDANI, G. y SEGALÉN, M. (dir.), *Les cadets*, París, CNRS, 1994.
- MIKELARENA PEÑA, F., *Demografía y familia en la Navarra tradicional*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995.
- MORENO ALMÁRCEGUI, A. y ZABALZA SEGUÍN, A., «Fraternidad y género en un sistema de heredero único. La Navarra Pre-Pirenaica (1550-1725)», en COMAS D' ARGEMIR, D. (coord.), *Familia, herencia y derecho consuetudinario*, Zaragoza, Instituto Aragonés de Antropología, 1996, págs. 41-64.
- REHER, D. S., *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1970*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1988.
- ROWLAND, R., «Sistemas matrimoniales en la Península Ibérica (siglos XVI-XIX). Una perspectiva regional», en PÉREZ MOREDA, V. y REHER, D.S. (eds.), *Demografía Histórica en España*, Madrid, El Arquero, 1988, págs. 72-137.
- VIOLENT Y SIMORRA, R., *El Pirineo español*, Madrid, Plus Ultra, 1949.
- YABEN, H. *Los contratos matrimoniales en Navarra y su influencia en la estabilidad de la familia*, Madrid, 1916.
- ZABALZA SEGUÍN, A., *Aldeas y campesinos en la Navarra Prepirenaica (1550-1817)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994.